

Arthur Conan Doyle

El valle del terror



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Valley of Fear*
Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

Primera edición: 2014
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8323-2
Depósito legal: M. 31.006-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte: La tragedia de Birlstone

- 11 1. El aviso
- 24 2. El señor Sherlock Holmes diserta
- 37 3. La tragedia de Birlstone
- 51 4. Oscuridad
- 67 5. Los integrantes del drama
- 84 6. Un rayo de luz
- 103 7. La solución

Segunda parte: Los camorberos

- 129 1. El hombre
- 142 2. El Gran Maestro
- 166 3. La logia 341 de Vermissa
- 190 4. El valle del terror
- 206 5. La hora más oscura
- 225 6. Peligro
- 240 7. La encerrona a Birdy Edwards
- 255 Epílogo

Primera parte

La tragedia de Birlstone

1. El aviso

–Me inclino a pensar... –empecé a decir.

–Eso es lo que quisiera hacer yo –comentó con impaciencia Sherlock Holmes.

Creo que soy una de las personas más sufridas que pueda haber, pero reconozco que me molestó tan sardónica interrupción.

–De verdad, Holmes –dije con severidad–, a veces consigue usted sacarme un poco de quicio.

Él estaba tan absorto en sus pensamientos que no dio ninguna respuesta inmediata a mi reconvención. Apoyó la cabeza en una mano, con el desayuno sin probar delante, y se quedó mirando el papelito que acababa de sacar de un sobre. A continuación, cogió el propio sobre, lo levantó a la luz y observó muy detenidamente tanto la parte delantera como la solapa.

–Es la letra de Porlock –dijo pensativo–. No me cabe apenas duda de que es su letra, pese a que con anteriori-

dad sólo la había visto dos veces. La «e» griega con la peculiar floritura encima es muy característica de él. Pero, si es de Porlock, entonces debe de tratarse de algo de la máxima importancia.

Aunque hablaba más para sí mismo que conmigo, mi irritación se esfumó por el interés que me despertaron esas palabras.

—¿Y quién es ese Porlock? —pregunté.

—«Porlock», Watson, es un *nom de plume*¹, una mera forma de identificarse, pero tras él se esconde una personalidad taimada y evasiva. En una carta anterior me confesaba con toda franqueza que no era su verdadero nombre, y me desafiaba a que consiguiera dar con él entre la ingente población de esta gran ciudad. Porlock no es importante por sí mismo, sino por el portentoso hombre con el que está en contacto. Imagínese al pez piloto con el tiburón, o al chacal con el león; a cualquier ser insignificante que acompañe a otro formidable. Y no sólo formidable, Watson, sino también siniestro en grado sumo. Ahí es donde entra Porlock dentro de mi jurisdicción. ¿Le he hablado alguna vez del profesor Moriarty?

—Sí. Es el famoso científico convertido en criminal, tan famoso entre los delincuentes como...

—No haga que me ruborice, Watson... —murmuró Holmes en tono reprobatorio.

—Iba a decir: «Como desconocido es para el público».

—¡Ahí me ha dado, vamos que si me ha dado! —exclamó—. Está usted desarrollando una sorprendente vena

1. «Pseudónimo».

de humor cínico, Watson, de la que tengo que aprender a protegerme. Pero, al calificar a Moriarty de criminal, está profiriendo una calumnia a los ojos de la ley, y eso es precisamente lo más meritorio y sorprendente de la cuestión. Sí, es el mayor conspirador de todos los tiempos, el maquinador de cualquier maldad posible, el cerebro que tiene a los bajos fondos bajo su control, un cerebro que podría forjar o destruir el destino de las naciones. Así es él, pero está tan libre de sospechas, es tan inmune a las críticas y maneja la situación de un modo tan admirable, consiguiendo siempre pasar inadvertido, que por esas mismas palabras que ha dicho usted Moriarty lo podría llevar a rastras ante un tribunal y salir de él tras haberse hecho con su pensión anual, Watson, como compensación por las injurias que ha vertido usted contra su persona. ¿Acaso no es el célebre autor de *La dinámica de un asteroide*, un libro que se elevaba a tan excelsas cotas de la matemática pura que dicen que no hubo nadie entre la prensa científica que fuese capaz de hacer su crítica? ¿Se puede difamar a un hombre así? Doctor malhablado y profesor calumniado, tales serían los respectivos papeles de ustedes dos. Eso es ser un genio, Watson. Aun así, si no acaban primero conmigo otros de menor valía, estoy convencido de que llegará el día en que Moriarty y yo nos veamos las caras.

—¡Y espero estar allí para verlo! —exclamé con fervor—. Pero estaba usted hablando de ese hombre, Porlock.

—Ah, sí... El llamado Porlock es un eslabón de la cadena que se halla a cierta distancia de la gran pieza princi-

pal. Aquí entre nosotros, no es un eslabón muy sólido. Porlock es la única imperfección de esa cadena hasta donde la he podido comprobar.

–Pero no hay cadena que sea más fuerte que su eslabón más débil...

–Exactamente, mi querido Watson, y de ahí la gran importancia de Porlock. Éste, impulsado por cierta aspiración rudimentaria a hacer el bien, y alentado por el acertado estímulo de algún que otro billete de diez libras que le he hecho llegar siguiendo tortuosos vericuetos, me ha proporcionado en una o dos ocasiones información que me ha sido de mucha utilidad; de grandísima utilidad por ser del tipo que permite anticiparse a un crimen y evitarlo en lugar de vengarlo. Estoy seguro de que, si tuviésemos la clave, comprobaríamos que este mensaje es de esa misma índole.

Holmes volvió a alisar el papel sobre su plato sin tocar. Me levanté e, inclinándome por detrás de él, leí la curiosa inscripción, que rezaba así:

534 C2 13 127 36 31 4 17 21 41
DOUGLAS 109 293 5 37 BIRLSTONE
26 BIRLSTONE 9 127 171

–¿Qué cree que es, Holmes?

–Se trata, evidentemente, de un intento de transmitir información secreta.

–Pero ¿de qué sirve un mensaje en clave si no se dispone de la clave?

–En este caso, de nada en absoluto.

–¿Por qué dice «en este caso»?

—Porque hay muchos mensajes cifrados que yo podría leer con la misma facilidad con que distingo todo lo que hay de apócrifo en los consultorios sentimentales de los periódicos. Son unos burdos recursos que entretienen a la inteligencia sin llegar a fatigarla, pero esto es distinto. Está claro que es una referencia a las palabras de una página de algún libro. Sin embargo, hasta que no me digan la página y el libro no puedo hacer nada.

—¿Y por qué lo de «Douglas» y «Birlstone»?

—Porque, evidentemente, esas palabras no figuran en la página en cuestión.

—Entonces ¿por qué no indica Porlock de qué libro se trata?

—Estoy convencido de que su sagacidad innata, mi querido Watson, esa astucia natural suya con la que tanto deleita a sus amigos, le impediría meter el mensaje y la clave en el mismo sobre. De extraviarse, estaría usted perdido. De este modo, en cambio, tendría que pasarle algo a las dos cartas para que hubiese algún peligro. El segundo correo de hoy ya va con retraso, y mucho me sorprenderé si no llega en él una segunda carta de explicación o, lo que es más probable, el mismísimo libro al que se refieren esos números.

Los cálculos de Holmes se cumplieron a los pocos minutos cuando apareció Billy, nuestro criado, con la carta que estábamos esperando.

—Es la misma letra —comentó Holmes mientras abría el sobre—, ¡y hasta va firmada! —añadió con voz exultante según desdoblaba la hoja—. Ya casi estamos, Watson. —Sin embargo, al leer el contenido torció el gesto—. Vaya por Dios, qué decepción más grande. Me temo,

Watson, que al final nuestras expectativas se han quedado en nada. Espero que no le pase nada malo a este Porlock. Dice: «Querido señor Holmes, no voy a seguir adelante con este asunto. Es demasiado peligroso. Él sospecha de mí. Sé que sospecha de mí. Ha venido a verme de pronto cuando yo ya había escrito la dirección en este sobre con la intención de enviarle la clave del mensaje cifrado. Menos mal que he podido tapanlo, porque, si él lo hubiera visto, se me habrían puesto las cosas muy feas. Aun así, he advertido una expresión de recelo en sus ojos. Queme el mensaje cifrado, por favor, puesto que ya no le puede ser de ninguna utilidad. Fred Porlock».

Holmes estuvo algún tiempo retorciendo la carta entre los dedos, con el ceño fruncido y la mirada fija en el fuego.

–Después de todo –dijo al fin–, puede que tampoco signifique nada. Tal vez sólo tenga remordimientos de conciencia y, sabiéndose un traidor, haya creído ver esa misma acusación en los ojos del otro.

–Supongo que ese otro será el profesor Moriarty...

–El mismo. Cuando los de esa banda hablan de «él», ya se sabe a quién se refieren. Para todos ellos sólo existe ese «él», por encima de cualquier otra persona.

–Pero ¿qué podría hacerles?

–Mmm... Es una pregunta muy amplia. Cuando tienes a uno de los cerebros más brillantes de Europa contra ti, respaldado por todos los poderes de las tinieblas, las posibilidades son infinitas. De todos modos, está claro que el amigo Porlock se ha asustado hasta casi perder el juicio. Tenga la amabilidad de comparar la letra de la nota

con la del sobre, que, según dice él, escribió antes de recibir esa aciaga visita. Ésta es clara y firme, la otra apenas legible.

—¿Y por qué la ha escrito? ¿Por qué no se ha limitado simplemente a dejarlo estar?

—Porque teme que, en ese caso, yo me pueda poner a hacer indagaciones sobre él y causarle problemas.

—Sí, no me cabe duda de que así sería —dije—. Lo cierto —añadí tras coger el mensaje cifrado original, que contemplé muy serio— es que es muy desesperante saber que tal vez este pedazo de papel encierre un secreto importante, y que no hay forma humana de poder desentrañarlo.

Después de apartar el desayuno, que seguía intacto, Sherlock Holmes había encendido la desagradable pipa que siempre lo acompañaba en sus meditaciones más profundas.

—¡Quién sabe! —dijo reclinándose y fijando la mirada en el techo—. Puede que haya cosas que se le escapen a ese maquiavélico intelecto de usted, Watson. Consideremos el problema desde la perspectiva de la razón pura. Este hombre se refiere a un libro. Ése es nuestro punto de partida.

—Pero un tanto impreciso...

—Entonces veamos si podemos acotarlo. Cuanto más me concentro en él, menos enigmático me parece. ¿Qué indicaciones tenemos con respecto a este libro?

—Ninguna.

—Bueno, bueno, la cosa tampoco es tan grave. El mensaje cifrado comienza con un gran 534, ¿verdad? Podemos adoptar como hipótesis de trabajo que ese 534 sea

la página en concreto a la que se refiere el mensaje. Así pues, nuestro libro se ha convertido en uno voluminoso, con lo que ya llevamos algo ganado. ¿Qué otras indicaciones tenemos sobre la naturaleza de ese extenso libro? El siguiente signo es C2. ¿Qué le sugiere, Watson?

–Capítulo segundo, sin duda.

–No, no creo que se trate de eso. Convendrá conmigo, Watson, en que, una vez que se ha dado la página, el número de capítulo es irrelevante. Y también en que, si en la página 534 aún estamos en el segundo capítulo, la longitud del primero debe de ser verdaderamente insufrible.

–¡Se refiere a una columna! –exclamé.

–Excelente, Watson. Está usted brillante esta mañana. O mucho me equivoco, o se trata de una columna. Así que ya empezamos a visualizar un libro muy extenso, impreso a doble columna, cada una de las cuales es de considerable longitud, puesto que una de las palabras está numerada en el mensaje como la doscientos noventa y tres. ¿Hemos llegado a los límites de lo que nos permite deducir la razón?

–Me temo que sí.

–Está cometiendo una injusticia consigo mismo. Venga, mi querido Watson, deme un destello de ingenio más, una nueva idea brillante. De haber sido un libro poco común, Porlock me lo habría enviado. En vez de eso, su intención, antes de que se malograrán sus planes, era enviarme la clave en este sobre, como dice en la nota. Eso parece indicar que es un libro que pensó que me sería muy fácil encontrar por mí mismo. Él lo tenía, y supuso que yo lo tendría también. En definitiva, Watson, que es un libro muy corriente.

1. El aviso

–Desde luego, lo que dice usted suena muy convincente.

–Así pues, hemos reducido nuestro campo de búsqueda a un libro extenso, impreso a dos columnas y de uso habitual.

–¡La Biblia! –exclamé exultante.

–Bien, Watson, bien, pero, si me lo permite, no del todo. Pese a lo que supondría de cumplido a mí mismo, me cuesta imaginarme otro volumen que fuese menos probable que tuviera cualquier asociado de Moriarty siempre a mano. Además, las ediciones de las Sagradas Escrituras son tan numerosas que Porlock no podría estar seguro de que la paginación de su ejemplar coincidiese con la del mío. Claramente ha de tratarse de un libro que siempre se imprima con el mismo formato. Él sabe a ciencia cierta que su página 534 es idéntica a mi página 534.

–Pero no hay muchos libros en los que se dé esa correspondencia.

–Exactamente, y en eso radica nuestra salvación. Nuestra búsqueda se ha reducido a unos libros que siempre se imprimen con el mismo formato y que cabe suponer que puede tener cualquiera.

–¡El *Bradshaw*!²

–Eso plantea varias dificultades, Watson. El vocabulario del *Bradshaw* es vigoroso y conciso, pero también limitado. Una selección de palabras de él no se prestaría mucho a poder enviar mensajes de tipo general. Así pues, descartemos el *Bradshaw*. El diccionario, me temo,

2. Guía de horarios de ferrocarriles que se publicó entre 1839 y 1961.

tampoco es admisible por la misma razón. ¿Qué nos queda entonces?

—Un anuario.

—¡Excelente, Watson! O mucho me equivoco, o ha dado usted en el clavo. ¡Sí, un anuario! Consideremos los méritos del *Anuario Whitaker*³ para optar al puesto. Es de uso corriente. Tiene el número de páginas requerido. Está impreso a doble columna. Aunque al principio emplea un vocabulario algo reservado, si no recuerdo mal se vuelve bastante dicharachero hacia el final. —Cogió dicho volumen de su escritorio—. Aquí está la página 534, segunda columna, en la que hay un sustancioso artículo que, por lo que veo, trata del comercio y recursos de la India Británica. Apunte las palabras, Watson. La número trece es «Mahratta». Me temo que no es un comienzo muy prometedor. La ciento veintisiete es «Gobierno», la cual al menos tiene sentido, pero es un tanto irrelevante para nosotros y para el profesor Moriarty. A ver, probemos de nuevo. ¿Qué hace el Gobierno de Mahratta? ¡Vaya! La siguiente palabra es «cerdas». Estamos perdidos, mi buen Watson. Se acabó.

Lo había dicho en tono de broma, pero la forma en que se le movían las espesas cejas denotaba su decepción y enojo. Me quedé mirando el fuego con cierta sensación de pena e impotencia. El largo silencio que siguió se vio interrumpido por una repentina exclamación de Holmes, tras la que fue corriendo a un armario del que salió con un segundo volumen de tapas amarillas en la mano.

3. Célebre anuario que se publica desde 1868 en el Reino Unido y que versa sobre temas muy variados.

—¡Pagamos el precio de estar demasiado al día, Watson! —exclamó—. Vamos adelantados a nuestro tiempo y sufrimos los castigos de rigor. Al ser hoy siete de enero, hemos abierto el nuevo anuario, como es normal, pero lo más probable es que Porlock sacara las palabras del mensaje del viejo. Seguro que así nos lo habría dicho si hubiera llegado a escribir la carta de explicación. Bien, veamos qué nos reserva la página 534 de éste. La palabra número trece es «un», y la ciento veintisiete «peligro»; «un peligro», lo cual es mucho más prometedor. —A Holmes le brillaban los ojos de excitación, y no dejaba de mover sus dedos delgados y nerviosos mientras contaba las palabras—. «Un peligro... puede... que... acontezca... muy... pronto». ¡Ajá! ¡Estupendo! Anótelo, Watson. Después tenemos el nombre «Douglas», y «rico... de... campo... en... Birlstone... Birlstone... House... seguridad... es... urgente». ¡Ahí está, Watson! ¿Qué me dice de la razón pura y sus frutos? Si el verdulero tuviera coronas de laureles, enviaría a Billy a por una.

Yo contemplaba el extraño mensaje que, según él lo descifraba, había garabateado en un folio que sostenía sobre las rodillas.

—Qué forma más rara y liosa de decir lo que quiere —comenté.

—Al contrario, lo ha hecho extraordinariamente bien —afirmó Holmes—. Cuando buscas en una única columna las palabras con las que quieres transmitir un mensaje, no puedes esperar encontrar justo las que necesitas. No te queda más remedio que dejar algo a la inteligencia de tu corresponsal. El significado está bien claro. Se trama alguna maldad contra un tal Douglas, quienquie-

ra que sea, que reside en el lugar que se indica y es un rico caballero rural. Porlock está seguro («seguridad» es lo más próximo a «seguro» que encontró) de que es un caso urgente. He aquí el resultado al que hemos llegado, y desde luego ha sido un análisis muy profesional.

Holmes siempre sentía el goce del verdadero artista al hacer un trabajo excelente, por más que también lo lamentaba profundamente cuando se quedaba por debajo de sus altas expectativas. Seguía regodeándose de su triunfo cuando Billy abrió la puerta e hizo pasar a la habitación al inspector MacDonald, de Scotland Yard.

Nos encontrábamos a finales de la década de los ochenta, mucho antes de que Alec MacDonald hubiera alcanzado la fama a nivel nacional de la que ahora disfruta. Pese a su juventud, ya era un miembro de confianza de las fuerzas policiales que se había distinguido en varios casos que le habían encomendado. Su figura alta y huesuda sugería una fuerza física excepcional, mientras que su gran cráneo y ojos hundidos y brillantes hablaban con la misma claridad de la aguda inteligencia que centelleaba tras sus pobladas cejas. Era un hombre callado y meticulado, de carácter adusto y con un marcado acento del norte de Escocia. Con anterioridad Holmes ya le había ayudado a resolver dos casos, por los que nunca había querido más recompensa que el deleite intelectual que le habían planteado esos enigmas. Por esa razón, el escocés sentía un profundo afecto y respeto por su colega amateur, que le demostraba por medio de la franqueza con que acudía a consultarle cada vez que le surgía alguna dificultad. La mediocridad no sabe de nada ni

nadie que sea superior a ella, pero el talento reconoce el genio al instante, y MacDonald era un profesional con el suficiente talento para darse cuenta de que no era ninguna humillación buscar la ayuda de alguien que no tenía parangón en toda Europa, tanto en intelecto como en experiencia. Holmes no era muy dado a la amistad, pero se mostraba indulgente con aquel grandullón escocés y sonrió al verlo entrar.

–Es usted pájaro madrugador, señor Mac –dijo–. Le deseo toda la suerte y que atrape al gusano. Aunque mucho me temo que esto signifique que pasa algo malo.

–Me da la impresión de que si hubiera dicho «espero» en vez de «temo», señor Holmes, se habría aproximado más a la verdad –replicó el inspector con una sonrisa de complicidad–. Bueno, sí, un traguito me vendría bien para ahuyentar el frío de la mañana. No, no quiero fumar, gracias. Me tengo que ir enseguida, porque las primeras horas de un caso son las más valiosas, como usted sabe mejor que nadie. Pero... pero...

El inspector se calló de repente y miró con expresión de absoluto asombro un papel de encima de la mesa. Era en el que yo había escrito el enigmático mensaje.

–¡Douglas! –balbució–. ¡Birlstone! Pero ¿qué es esto, señor Holmes? ¡Pura brujería! ¿Se puede saber de dónde diantres ha sacado esos nombres?

–Es un mensaje en clave que Watson y yo hemos conseguido descifrar. Pero ¿qué le pasa a esos nombres?

El inspector nos miró a uno y a otro totalmente aturrido y perplejo, y entonces contestó:

–Pues que el señor Douglas, de Birlstone House, ha sido víctima de un horrible asesinato esta mañana.

2. El señor Sherlock Holmes diserta

Era uno de esos momentos dramáticos que daban razón de ser a la existencia de mi amigo. Sería exagerado decir que se quedó conmocionado o ni siquiera alterado por tan sorprendente anuncio. Aunque no había ni un ápice de crueldad en su peculiar persona, el llevar tanto tiempo expuesto a un exceso de sobresaltos lo había vuelto sin duda un tanto insensible. No obstante, por mucho que sus emociones estuvieran embotadas, su perspicacia intelectual seguía extremadamente activa. Así pues, no se vio en su rostro señal alguna del espanto que a mí mismo me produjo esa rotunda declaración, sino que más bien mostró la compostura serena e intrigada del químico que contempla cómo se agrupan adecuadamente los cristales de una solución sobresaturada.

–Extraordinario –dijo–, ¡muy extraordinario!

–No parece usted sorprendido.

–Estoy interesado, señor Mac, pero a duras penas podría estar sorprendido. ¿Por qué habría de sorprenderme? Recibo un comunicado secreto de alguien a quien sé que hay que concederle importancia, en el que me advierte de que cierta persona se halla en peligro. Al cabo de menos de una hora, me entero de que ese peligro se ha hecho realidad y de que la persona ha muerto. Estoy interesado, pero, como ve, no puedo estar sorprendido.

Con unas cuantas frases breves explicó al inspector todo lo relativo a la carta y al mensaje cifrado. MacDonald tenía la barbilla apoyada en las manos, y sus grandes cejas de color rubio rojizo fruncidas, formando una maraña amarillenta.

–Me voy a Birlstone esta misma mañana –dijo–, y por eso me he pasado para ver si quería usted venir conmigo; bueno, usted y su amigo. Pero, por lo que me dice, tal vez sea más efectivo que nos quedemos a trabajar aquí en Londres.

–No, no lo creo –contestó Holmes.

–¡Maldita sea, señor Holmes! –exclamó el inspector–. Dentro de un día o dos los periódicos no dejarán de hablar del misterio de Birlstone, pero ¿qué misterio es ése si resulta que hay un hombre en Londres que predijo el crimen antes de que ocurriese? Sólo tenemos que echarle el guante y todo lo demás vendrá rodado.

–Sin duda, señor Mac, pero ¿cómo pretende usted echarle el guante al tal Porlock?

MacDonald examinó la carta que Holmes le había entregado.